

PÉREZ SAMPER, María Ángeles, *Barcelona, corte: Las visitas reales en la Edad Moderna*, Barcelona, Universitat de Barcelona Edicions, 2023, 558 pp. ISBN: 978-84-9168-981-2.

El Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona decidió hace unos años reconocer la labor docente e investigadora de sus profesores más relevantes en el momento de su jubilación, no con el tradicional libro homenaje de sus colegas, sino con la publicación de un libro de autoría propia de la persona homenajeada, que recoge en un solo volumen parte de su obra dispersa, no siempre de fácil localización. La obra que ahora reseñamos responde a esa iniciativa. En un principio trataba de agrupar en una publicación única un conjunto de artículos y capítulos de libro de María Ángeles Pérez Samper que tenían como objeto las visitas de los distintos reyes a la ciudad de Barcelona a lo largo de la Edad Moderna. Pero, conociendo el rigor de la autora, no debe extrañar que el plan inicial de hacer una mera recopilación de trabajos dispersos, se haya visto rebasado por la intención de recoger en una obra singular esta temática, abordándola de manera global, contextualizada en una interpretación política, social y cultural sobre la significación de tales actos en la dinámica de una monarquía como la hispánica, que abarcaba territorios muy extensos y diversos, expuesta de una manera diacrónica, hasta ofrecer información de todas y cada una de las visitas que los distintos monarcas, desde los Reyes Católicos a Carlos IV, realizaron a la Ciudad Condal. Esta voluntad totalizadora la ha llevado no solo a revisar, sino más bien a reescribir los textos existentes, algunos redactados hace décadas, a la luz de las aportaciones historiográficas producidas desde entonces, y a completar los episodios no tratados aún por ella, para ofrecer una visión exhaustiva de una temática de gran relevancia para la historia de España, así como para la de Cataluña y de la ciudad de Barcelona.

Este último libro —que esperamos que solo sea último por ahora—, de la gran modernista, catedrática emérita de la Universidad de Barcelona, se añade a una larga trayectoria investigadora de más de cincuenta años que ha producido algunas de las páginas más brillantes de la historiografía moderna de las últimas décadas y que se inició precisamente con un trabajo sobre *La visita de Carlos IV en 1802* (1973). Una trayectoria de una gran riqueza y variedad temática, centrada de forma especial en el siglo XVIII, aunque no exclusivamente, en la que cabe recordar, aunque sea de forma apresurada, sus esfuerzos iniciales en la historia social de la administración española, en especial sus brillantes trabajos sobre la Audiencia de Cataluña, para seguir después con biografías tan importantes como *Carlos III* (1998), *Isabel de Farnesio* (2003) e *Isabel la Católica* (2004), o las biografías colectivas: *Poder y seducción: grandes damas de 1700* (2003), entre los que sus pioneras visiones sobre las reinas de España abrieron muchos caminos. Tampoco hay que olvidar sus luminosas síntesis, con títulos como *Las monarquías del absolutismo ilustrado* (1993), *La España del siglo de las luces*

(2000), o *La casa de Borbón: familia, corte y política* (2000). Pero sin duda la línea que más la ha ocupado en los últimos tiempos ha sido la historia de la vida cotidiana, o de la vida sin adjetivos, como ella prefiere llamarla, iniciada en el volumen: *La vida cotidiana a través del siglos* (2002), a la que se han ido sumando otros tan sugestivos como “Mirar la historia con otros ojos”, del dossier coordinado junto con Gloria Franco en la *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante* (2012), o *Vivir en la España Moderna* (2019), en colaboración con Mariela Fargas, entre otros. En la rica temática de la vida cotidiana, sus aportaciones se han centrado sobre todo en la historia de la alimentación, de la que constituye una de sus más brillantes exponentes, con títulos tan importantes como *La alimentación en la España del Siglo de Oro* (1998), *Mesas y cocinas en la España del siglo XVIII* (2011) y su monumental panorámica: *Comer y beber: una historia de la alimentación en España* (2019).

Dentro de este amplio mundo de la historia de la vida cotidiana se puede interpretar este libro de reciente aparición, constituido por ocho estudios que abarcan todas las visitas reales a la ciudad de Barcelona que tuvieron lugar durante toda la Edad Moderna, precedidos por un estudio preliminar, “La presencia del rey ausente”, donde se abordan las dimensiones políticas de estos acontecimientos. Según la teoría política de corte aristotélico, vigente en los primeros siglos de esta etapa, el rey era considerado corazón, cabeza y alma del reino, pero en una monarquía como la española, constituida por una gran diversidad de territorios, la mayoría de los reinos se veían abocados a la ausencia del monarca. En el caso de Cataluña esta ausencia tuvo precedentes en el siglo XV, con Alfonso V, se vivió con los Reyes Católicos y Carlos V, monarcas itinerantes, y se hizo más evidente a partir de la fijación de la corte en Madrid, la capital de la monarquía. Durante el mandato de los Austrias, fue un problema constitucional que se resolvió por medio de los virreyes y de las visitas reales, que al menos eran obligadas al inicio de los reinados para convocar cortes y ser jurados como monarcas. En la monarquía absoluta de los Borbones, más centralizada, desapareció esta obligación constitucional, pero las visitas siguieron siendo una forma de recuperar la presencia real en los territorios. Una presencia que no estaba exenta de conflictos con los poderes locales y que generaba problemas económicos, sociales y políticos, que son de gran interés para comprender mejor un tema tan actual como el encaje de Cataluña en el conjunto de la realidad española.

Siguiendo el hilo de los distintos reinados por orden cronológico, se van desgranando las visitas de los reyes a la ciudad de Barcelona. Siempre se sigue el mismo esquema: se describen minuciosamente los actos de la llegada y partida de los monarcas, se alude al contexto en que tal visita se produjo, se explican las medidas de gobierno que tomaron, así como los principales acontecimientos que tuvieron lugar mientras los monarcas permanecían en la Ciudad Condal. Todo se hace basándose en fuentes primarias, especialmente los *Dietaris de la Generalitat de Catalunya* y el *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, recogiendo además la voz de los cronistas de los distintos reinados y las relaciones impresas de las

visitas, cuando las hubo, así como a otros cronistas y memorialistas catalanes (Feliu de la Peña, Pujades, Parets, Castillo, el barón de Maldá y algunos más), e incluso la prensa de la época (Gaceta, Diario de Barcelona), confrontándolas con una abundante bibliografía, críticamente incorporada.

Particularmente detalladas son las referencias a las entradas reales, sobre todo cuando era la primera vez que un rey visitaba Barcelona. El encuentro entre el rey y la ciudad se simbolizaba con el juramento por parte del rey de sus privilegios; el vínculo entre el rey y el Principado se encarnaba en el juramento de las constituciones catalanas realizado en el Tinell y la reunión de las Cortes materializaba el pacto constitucional. Especial atención se presta al solemne desfile e itinerario: pernoctación previa a la llegada en el monasterio de Valldonzella, entrada en la ciudad, por el portal de san Antoni, del rey a caballo y bajo palio, desfile por las principales calles hasta la plaza de San Francisco, donde tenía lugar la ceremonia principal con el juramento real sobre el *lignum crucis*, y el besamanos del Consell de Cent y el desfile de las cofradías y gremios de la ciudad. Después, la visita a la catedral para venerar las reliquias de la patrona Santa Eulalia y toma de posesión de un canonicato regio. Por último, continuación del gran desfile hasta el lugar asignado para residencia real, con liberación de presos al pasar por la cárcel del veguer. Un ceremonial que quedó fijado y se repetía a lo largo del tiempo. También se suele aludir, aunque de forma menos detallada, porque no son el objeto de este estudio, a las reuniones de las Cortes que se celebraban en las jornadas siguientes. Mucho más minuciosas son, en cambio, las descripciones del amplio programa de fiestas que solía acompañar a estos actos políticos: visitas de cortesía de las autoridades catalanas a los reyes, así como las de estos a las instituciones religiosas locales, brillantes desfiles, justas caballerescas, arquitecturas efímeras, luminarias y fuegos artificiales, sin olvidar las representaciones teatrales, saraos y banquetes que jalonaban unas jornadas particularmente festivas.

Los Reyes Católicos fueron unos monarcas itinerantes que realizaron diversas visitas a Cataluña, tanto de Fernando solo, como de los dos monarcas. En la primera que Fernando hacía como rey a la muerte de su padre Juan II en 1479, se desarrolló el ritual de la jura por parte del rey de los derechos y privilegios de la ciudad de Barcelona y el *Consell de Cent* prestó pleito homenaje al soberano. Desde este primer encuentro del rey y la ciudad, quedó fijado el complejo y solemne ceremonial, reservado a los reyes y a sus herederos, que seguiría aplicándose en los siglos siguientes. Fernando e Isabel visitarían juntos la ciudad en dos ocasiones, 1481 y 1492/93. En la primera Isabel hizo una solemne entrada, muy superior en boato a las realizadas anteriormente por otras reinas; en la segunda, acompañados del heredero don Juan, una estancia más larga e importante, adoptaron medidas tan decisivas como la introducción del sistema de insaculación en el gobierno de la ciudad y recibieron a Colón a su regreso de su primer viaje. El resto de las visitas, serían solo de Fernando, sin olvidar reseñar el paso de Felipe de Austria por la Ciudad Condal en 1503, que dio lugar a una

semana llena de fiestas y diversiones. Ese mismo año regresaría Fernando para convocar las Cortes catalanas y continuar la guerra contra Francia. Más tarde, en 1506 volvería a visitar brevemente la ciudad con su segunda esposa, Germana de Foix. A su vuelta de Italia no llegaría siquiera a desembarcar.

El problema del absentismo real se agudizó sobre todo a partir de la ascensión de Carlos V de la dignidad imperial. El primer Habsburgo visitó el Principado en once ocasiones, pasando “mil jornadas en Cataluña”. Pocas ciudades de su vasto imperio serían tan visitadas como Barcelona, que es la más citada en las memorias del emperador. Carlos V hizo su entrada triunfal en 1519, siendo reconocido como soberano y ratificando el contrato constitucional. Durante esta visita celebró el capítulo de la orden del Toisón, incorporando a ella la aristocracia española. Tardaría diez años en volver. En 1529 lo hizo de camino a su coronación en Bolonia. Volvió en 1533 precedido por la emperatriz y de sus dos hijos, Felipe y María. La familia imperial fue agasajada con actos religiosos, políticos y festivos, pero se vivieron horas de angustia por la enfermedad de la emperatriz Isabel. Dos años más tarde volvería y en Barcelona preparó su triunfal campaña de Túnez. Fallecida la emperatriz, Carlos V regresó en sucesivas estancias, entre las que destaca la visita de 1542, acompañado del heredero, en una especie de gira de presentación por los reinos peninsulares. Llama la atención el interés de las Cortes catalanas por jurar al heredero, a pesar de estar ya reconocido como tal por las Cortes de la Corona de Aragón celebradas en Monzón. Coincidió esta visita con la promulgación de las Leyes Nuevas de Indias, que consagraban los derechos de los indios americanos. La última visita del emperador la realizó al año siguiente, camino de Alemania, acosado por sus adversarios. Durante este viaje dictaría las famosas instrucciones de Palamós, aconsejando a su heredero sobre el buen gobierno de los reinos.

Hasta entonces, con unos monarcas itinerantes, aunque los catalanes reclamaran la presencia real, no se veían aún agraviados por su ausencia. La situación cambió cuando su sucesor, Felipe II, fijó la corte en Madrid, coincidiendo con una etapa de gran expansión de la monarquía española, a pesar de haberse desgajado los territorios imperiales. Felipe II visitó Cataluña en seis ocasiones, cuatro veces como príncipe y dos como rey. Las dos primeras (con su familia en 1533 y con su padre en 1542), lo hizo durante el reinado de Carlos V, las otras dos fueron a la ida y vuelta del “felicísimo viaje” realizado a los Países Bajos y reseñado por Calvete de Estrella. La primera visita como rey, en 1564, la hizo con ocasión de recibir a sus sobrinos, Rodolfo y Ernesto de Austria, que venían a educarse en la corte española. El magnífico recibimiento que le prodigó la ciudad se conoce perfectamente gracias al relato contemporáneo de Baltasar del Hierro, por encargo de la Diputación del General y el *Consell de Cent*, pero estos festejos no pueden ocultar los obstáculos que el sistema político institucional de la Corona de Aragón oponía a la autoridad regia. Se reseñan también en este capítulo las visitas de otras personalidades de la familia real a Barcelona, como las de don Juan de Austria en 1565 y 1571, —cuando pretendía

sumarse a la defensa de Malta y se preparaban las jornadas de la Liga Santa, que llevarían a la victoria de Lepanto, respectivamente—, o en el momento de regreso a España de su hermana la emperatriz viuda María, acompañada de su hija Margarita en 1582. La última visita del Rey Prudente a Barcelona tuvo lugar en 1585, tras más de veinte años de ausencia, cuando acompañaba a la infanta Catalina Micaela para contraer matrimonio con el duque de Saboya y marchar a Italia. El enlace de la hija menor de Felipe II tuvo lugar en Barcelona, con su esposo presente, algo que no era habitual en las bodas reales, que solían celebrarse por poderes en el país de la novia. Contraviniendo las costumbres, el novio se desplazó a España, sin duda por el alto rango de la contrayente. Los problemas constitucionales estaban ya presentes, manifestados en las tensiones provocadas por el *Consell de Cent* que discutía si el monarca debía ser recibido como rey de España o como conde de Barcelona.

Felipe III y Felipe IV visitaron el Principado y también lo hicieron otros miembros de la familia Habsburgo, a los que se dedican los capítulos siguientes. Felipe III lo hizo durante el primer año de su reinado, para cumplir con el preceptivo juramento de los fueros y privilegios catalanes ante las Cortes y recibir el homenaje de sus súbditos. En esta visita de 1599 los reyes venían de Valencia, donde se habían celebrado los dobles matrimonios de Felipe III con Margarita de Austria y la infanta Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto de Austria. Fue una estancia jalonada por ceremonias religiosas, dada la acentuada dimensión piadosa de la pareja real, destacando el apoyo regio a la canonización Ramón de Peñafort, que se haría efectiva en 1601. La estancia real transcurrió dentro de la normalidad política, una normalidad que se rompería en el reinado siguiente.

Felipe IV tardó en viajar a Cataluña, no lo hizo hasta 1626, cuando pretendía poner en marcha la Unión de Armas, expresión del programa reformista de Olivares, en un contexto de guerra. La solemne entrada del monarca, acompañado de su hermano Carlos, no parecía presagiar el enfrentamiento con las Cortes, que con su funcionamiento lento y laborioso terminarían generando un fuerte conflicto con la Corona, que provocó el final abrupto de la estancia, ocasionando un grave problema constitucional. A pesar de la tensiones, durante la estancia no dejaron de celebrarse numerosos actos y festejos: paseos en coche y en barco —Felipe IV estaba fascinado por el mar—, participación en los cultos de Semana Santa, etc. En los años siguientes, la ciudad de Barcelona sería objeto de la visita de un miembro de la familia real, la infanta María, hermana del rey, camino de Austria para encontrarse con su esposo Fernando III. La reina de Hungría permaneció en Barcelona varios meses de 1630 y fue objeto de un solemne recibimiento y vistosas justas y torneos, así como una fiesta de galeras en su honor. Una segunda visita del monarca Felipe IV se produjo de nuevo en 1632, con el intento de solucionar la crisis constitucional planteada con las Cortes catalanas. La hizo acompañado de sus hermanos don Carlos y el cardenal infante

don Fernando. También en este caso las fiestas fueron magníficas, destacando una fiesta caballerescas de máscaras y estafermo celebrada en la explanada del Borne, en la que participó el propio rey y que terminó con una folla —breve representación teatral con música y baile— muy lucida. La continuación de las Cortes no solucionó los problemas planteados, en una visita que fue la última ocasión en Felipe IV estuvo con sus dos hermanos. El monarca no regresaría nunca al Principado.

Tampoco lo visitaría su sucesor, Carlos II, aunque lo harían otras personalidades de la familia real. El bastardo regio, Juan José de Austria, lo hizo aún durante el reinado de su padre. En 1652, tras la rendición de Barcelona hasta entonces en manos de Francia, entraría triunfante en la ciudad. Fue la entrada de un general victorioso, que rompió los rituales tradicionales. Poco después sería nombrado virrey. Tras el perdón general, en sustitución de las Cortes catalanas convocó la Junta de Brazos. Los actos y festejos realizados durante su estancia son reseñados convenientemente. También se da noticia de la visita a la Ciudad Condal en 1666 de la infanta Margarita Teresa, —la niña de *Las Meninas*—, en su viaje hacia Viena, convertida en emperatriz del Sacro Imperio por su matrimonio con el emperador Leopoldo. La reciente muerte de Felipe IV y la indisposición de la protagonista, hicieron que el recibimiento fuera discreto y reservado, y se suspendieran los festejos.

Los dos últimos capítulos se dedican al siglo XVIII. La visita real a Barcelona del primer Borbón se produjo en 1702, poco después de llegar a España, cuando hacía más de sesenta años de la última visita real, siguiendo el consejo de Luis XIV de estrechar lazos con la Corona de Aragón. Coincidió con la llegada de la primera esposa del rey, María Luisa Gabriela de Saboya, que había contraído matrimonio por poderes en Turín y arribaba a España procedente de Italia. El joven monarca hizo su solemne entrada, siguiendo el protocolo tradicional, en un primer encuentro con los catalanes que no estuvo exento de ciertos celos y tensiones (por su desconocimiento del idioma y reticencia a mantener ciertos privilegios). No obstante, el balance fue positivo, las Cortes catalanas (1701-1702) ratificaron el pacto constitucional, concedieron al rey un sustancioso donativo y el monarca repartió títulos y privilegios nobiliarios, facilitó la presencia de los catalanes en instituciones de la monarquía y tomó medidas económicas que favorecían al Principado. Todo ello en un clima de concordia, plagado de fiestas y celebraciones entre las que destacan la ratificación del matrimonio real y las fiestas en honor de san Olaguer, cuyo cuerpo incorrupto fue trasladado a una nueva capilla en la catedral. Tras el estallido de la Guerra de Sucesión, Barcelona volvería a ser corte durante un largo periodo (1705-1713), esta vez del pretendiente austracista, el archiduque Carlos de Austria y de su esposa Isabel Cristina de Brunswick. Conviene señalar que Carlos fue proclamado por las Cortes catalanas como rey de España y no como conde de Barcelona. También su esposa fue recibida en la Ciudad Condal recién casada por poderes en Viena

y en Barcelona se celebró la ratificación de la boda regia. A pesar del contexto de guerra, la estancia de los archiduques en Barcelona estuvo plagada de fiestas, representaciones teatrales y actividades artísticas y musicales. Tras la marcha del archiduque, al ser proclamado emperador, habría que esperar medio siglo para que Barcelona volviera a convertirse en corte real.

El último capítulo del libro se reserva a Barcelona como corte del absolutismo ilustrado. Tras la Nueva Planta la obligación constitucional de acudir los monarcas a ser jurados por las Cortes catalanas había desaparecido, pero las visitas reales, que no se prodigaron a lo largo del Setecientos, siguieron contribuyendo a estrechar los lazos del Principado con la Corona. Comienza haciendo referencia a algunas visitas principescas, como la de un joven futuro Carlos III en 1731, camino de Italia, para hacerse cargo de los ducados de Parma y Piacenza, o la de la infanta María Antonia Fernanda, hija menor de Felipe V, en 1750 camino de Turín, tras haber contraído matrimonio con Victor Amadeo, duque de Saboya. Después, mayor extensión se reserva a las visitas dos visitas reales: de Carlos III en 1759, procedente de Nápoles, cuando acababa de acceder al trono, y de Carlos IV y la familia real en 1802, con motivo de los dobles matrimonios del príncipe de Asturias Fernando y la infanta María Isabel con la princesa napolitana María Antonia y el heredero del trono de Nápoles, Francisco Jenaro, respectivamente. En estas visitas reales, cuando ya las Cortes no eran protagonistas, se producen algunos cambios y el centro político e institucional de la ciudad se concentra en la Plaza del Palacio, donde se hallaban la residencia del capitán general y los edificios de la Lonja y de la Aduana. En cuanto a los festejos, que siguen celebrándose con profusión, también se detectan algunas adaptaciones a los nuevos tiempos. Aunque sigue habiendo solemnes y brillantes desfiles políticos, actos religiosos, máscaras caballerescas, tienen también relevancia los espectáculos militares y aquellos que tienen al mar como protagonista, los conciertos y veladas musicales, con aparición de las representaciones de óperas, y aparecen actividades nuevas como las visitas a fábricas, muy en la línea del fomento económico, propio de los gobiernos ilustrados.

En conjunto, se trata de una obra excelente, que ofrece una exhaustiva visión de todas las visitas reales al Principado y a la ciudad de Barcelona durante la época moderna, un tema de investigación en el que fue pionera la Dra. Pérez Samper cuando iniciaba su fecunda trayectoria y con el que culmina su etapa de catedrática emérita de Historia Moderna. Un libro muy interesante y ameno, que se lee con mucho gusto, ya que está muy bien escrito, además de magníficamente editado. Un título que, sin duda, habrá de convertirse en una referencia obligada en una temática de interés muy pluridisciplinar, por sus connotaciones políticas, sociales, culturales, de historia de la vida cotidiana, o más bien, de historia de la vida, como a su autora le gusta decir, a la que ella tan brillantemente ha contribuido y espero siga haciéndolo muchos años aún.

*Inmaculada Arias de Saavedra Alias*